

## Pío XII: apologías y acusaciones

**D**ESDE hace más de medio siglo una dificultad en las relaciones entre judíos y católicos consiste en las diversas interpretaciones sobre el papel que desempeñó el Papa Pío XII en la condena del holocausto. En la actualidad existe una Comisión judeo-cristiana encargada de estudiar el tema. Esta Comisión ha solicitado libre acceso a los archivos vaticanos para poder contestar a las 47 preguntas que les ha suscitado la lectura de la única fuente hoy existente. El Vaticano ha negado este verano el libre acceso a la Comisión basándose en que los documentos correspondientes están aún sin catalogar. Ante esta negación, vuelven a tener eco en la prensa determinadas noticias que mantienen que la posición de condena de Pío XII ante el nazismo no fue todo lo rotunda que debería haber sido.

**Juan García Pérez\***

Resulta curioso observar, sobre todo en los años que precedieron al Concilio Vaticano II, cómo, al menos en el ámbito público, los Papas eran aclamados y reverenciados casi unánimemente hasta rozar las lindes de la papolatría adulatoria. Sin embargo, después de su muerte, se hacían de ellos juicios duros y a veces injustamente unilaterales. A la muerte de Pío XII

\* Doctor en Teología. Profesor de la UPCo. Madrid.

parecía a muchos que sería imposible encontrar un Papa que llenara el hueco de Eugenio Pacelli. Vino Juan XXIII, un papa elegido como solución provisional. De sus 77 años no se podía esperar un pontificado prolongado. Quizá incluso, después de los largos de Pío XI y Pío XII, (desde 1922 a 1958), ni se deseaba. Pero, Roncalli, papa de transición, se ganó el corazón del mundo y favoreció un vuelco saludable y providencial en la historia de la Iglesia.

Así pues en vida aclamación multitudinaria en público. Lo testimoniaba el historiador Roger Aubert cuando afirmaba que a lo largo de la guerra se alababan, sin restricción alguna, las llamadas de Pío XII en favor del respeto a la persona y los derechos humanos, sus esfuerzos por la humanización del conflicto y la ayuda silenciosa pero eficaz a las víctimas de la persecución política y racial de los nazis. Todavía al día siguiente de la muerte del papa Pacelli, Golda Meir recordaba que «la voz del papa se elevó en favor de las víctimas... Lloramos hoy a un gran servidor de la paz».

Junto a los aplausos encendidos, la implacable complementariedad de las críticas. En el caso de Pío XII, éstas comenzaron ya bastante antes de su muerte, aunque en círculos reducidos. Las dos acusaciones más frecuentes que se hacen a Pío XII, referidas no tanto al gobierno interno de la Iglesia cuanto a su actuación en la órbita mundial, son sus simpatías hacia el bloque alemán como dique de contención del comunismo y su silencio público o desvaídos circunloquios de protesta ante los crímenes nazis. En 1945 Paul Claudel en carta a Maritain lamentaba que en lugar de 'una protesta solemne' frente a los crímenes nazis, sólo se hubiesen escuchado 'débiles gemidos'. Y pocos años más tarde, Léon Poliakov, en *Le Breviaire de la Haine*, publicado en 1951 con prólogo de François Mauriac, recogía esas acusaciones de forma dura e inequívoca: «Resulta penoso constatar que a lo largo de la guerra mientras que las fábricas de la muerte estaban permanentemente encendidas, el papa guardaba silencio... La importancia en principio (de una condena solemne) hubiese sido enorme. En cuando a sus consecuencias prácticas... es ésta una cuestión sobre la que resulta difícil pronunciarse... No hemos tenido el consuelo de escuchar al sucesor del galileo Simón Pedro condenar claramente y no por alusiones diplomáticas, el suplicio de estos innumerables hermanos del Señor».

A comienzos de los años 60 la «cuestión judía» no se reduce a organizar la ayuda a las víctimas y a los judíos convertidos sino que, al escuchar los testimonios de los hijos de las víctimas, se comienza a leer las intervenciones de Pío XII y a enjuiciar con severidad sus condenas difusas o sus silencios. Se ha producido así un giro muy significativo. De la leyenda blanca se pasó casi directamente a la leyenda negra. En esta línea de denuncia de la actuación de aquel pontífice hay varias publicaciones que han alcanzado una gran difu-

sión. Nos limitaremos ahora a citar dos de ellas, significativas no tanto por lo que dicen y pretenden probar cuanto por las circunstancias.

«*El Vicario*» (*Der Stellvertreter* 1963)) de Hochhuth es quizá la primera que galvaniza descalificaciones hasta entonces dispersas. Esta obra teatral no se basaba tanto en una seria investigación histórica cuanto en la interpretación personal que este autor hacía del Papa Pacelli. La Iglesia estaba amenazada por los nazis y los bolcheviques. Pío XII se inclinó al lado de Hitler. Y, aunque el Papa conocía perfectamente -siempre en opinión de Hochhuth- el genocidio de los judíos europeos, no levantó su voz de forma clara e inequívoca resultando así de alguna manera cómplice de la eliminación de los judíos.

A partir de estas afirmaciones se traza en la historia posterior una línea que divide y separa a detractores y defensores de la memoria del papa Pacelli. Los defensores tachan a los críticos de anticlericales y antipapistas por sistema. Los críticos afirman que los defensores rehuyen un debate en profundidad.

Una segunda obra mucho más reciente, sigue las huellas de Hochhuth. Nos referimos a *Hitler's Pope. The secret history of Pius XII*, libro de John Cornwell, católico inglés e investigador en Cambridge que repite y hace suyas las afirmaciones de Hochhuth. Algo indica el hecho de que la editorial alemana que ha publicado la traducción de la obra de Cornwell ha ido cambiando los títulos y desde el *Hitler's Pope* del original inglés ha ido pasando a *Pío XII, el Papa y el Holocausto* y finalmente, *Pío XII el papa que calló*. Cornwell presenta su obra como un trabajo eminentemente científico y la califica como la primera condena científica y objetiva de Pío XII. Pero Cornwell en realidad no tiene en cuenta los resultados de tantos debates que sobre este tema se han venido celebrando a lo largo de los últimos 35 años. Una discusión con respetados investigadores de esa época, como Böckenförde, Hürten, Repgen o Stehle, hubiese permitido a Cornwell corregir sustancialmente muchas de sus unilaterales afirmaciones.

## Las fuentes

**N**OS encontramos por tanto en medio de una tremenda acusación. ¿Hay algún modo de salir de ella por un enjuiciamiento sereno de la realidad que evite el quedar atrapados en las condenas a priori o las defensas a carga cerrada?

La única vía para hacerlo es acudir a las fuentes. Este camino tampoco está libre de dificultades y tropiezos. Es norma general de gobiernos e instituciones que los archivos de documentos, durante un determinado número de años que se señala en cada caso, permanezcan cerrados no sólo al público en general sino a la investigación de los historiadores. Una valiente decisión de Pablo VI permitió la publicación de los documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial. La Secretaría de Estado encargó esta tarea a cuatro jesuitas, los pp. Angelo Martini (redactor de *La Civiltà Cattolica*), Burkhart Schneider y Pierre Blet, (profesores de la Universidad Gregoriana) y R.A. Graham jesuita americano de la revista *America* que había publicado un libro sobre la diplomacia de la Sta. Sede. Como puede apreciarse por los nombres, se tuvo interés en reunir a historiadores de países que estuvieron enfrentados en la guerra. El título de esta obra es *Actes et Documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale* (11 volúmenes). Contó además esta publicación con el asesoramiento del P. Robert Leiber que había sido secretario particular del Papa Pacelli ya desde sus tiempos de Nuncio en Alemania. Los materiales principales de estos volúmenes han sido resumidos y condensados en un tomo de más fácil difusión y consulta (*Pío XII y la segunda guerra mundial, según los archivos del Vaticano*), publicado por el P. Blett, único autor que aún vive de aquellos cuatro jesuitas.

Seguimos con todo sin poder abandonar el campo minado de las controversias. Se les acusa a los cuatro jesuitas de haber seleccionado los documentos según sus propios criterios y de haberlos enmarcado con introducciones cercanas a la apología. Se critica también el hecho de que al elegir a unos historiadores que son miembros de una orden religiosa que debe al Papa especial obediencia, la intencionalidad apologética pudiera quizá condicionar la investigación e interpretación de la historia. Por ello no se ha destruido la acusación ni silenciado la polémica.

### La Comisión

EN marzo del 98, la Sta. Sede publicó un documento *Una reflexión sobre la Shoah* que provocó reacciones diversas en el Comité internacional de relaciones entre judíos y católicos. Los judíos, aun mostrando su aprecio por el intento de acercamiento, criticaron la interpretación que la Iglesia hacía de la historia. Entendían que no estaba suficientemente probada la actividad de Pío XII en favor de los judíos y así el Papa Pacelli seguía estando en la encrucijada de severos juicios.

Esta respuesta del Comité Internacional fue objeto de reflexiones en grupos de personalidades religiosas de la Diáspora. No mucho después, la elevación a los altares del Cardenal Stepinac y de Edith Stein realimentó en los judíos el recelo de que el Papa daba pasos atrás. El Gran Rabino de Jerusalén pedía por ello una «fuerte condena de la actitud vergonzosa del Papa de aquella época» [Pío XII]. Y el Instituto de estudios del Congreso judío mundial, de Jerusalén puso como condición esencial para continuar el diálogo «un franco reexamen de los actos de la Iglesia durante la segunda guerra mundial». En marzo, el cardenal Cassidy daba una respuesta parcial: se podrían estudiar los documentos relativos a la Iglesia y a la Shoah, citados en los libros de «autores católicos». Si aun así quedaban preguntas sin responder, «se buscaría una clarificación ulterior».

Esta medida es cierto que representaba un avance y es igualmente cierto que se quedaba corta. El rescoldo de la controversia, momentáneamente apaciguado, podría reavivarse en cualquier momento. Así sucedió cuando el embajador de Israel ante el Vaticano en conferencia de prensa, (noviembre 98) afirmaba que «cuando se trata de una figura controvertida, la justicia debe quedar bien patente» y pedía por ello que se congelara durante cincuenta años el proceso de beatificación de Pío XII y se abrieran los archivos del Vaticano para que los historiadores pudieran investigar aquella época traumática.

Sin apresuramiento pero sin excesivas pausas, el Vaticano tomó una decisión inusual. En octubre de 1999, la Comisión vaticana para las relaciones religiosas con el Judaísmo y el Comité judío internacional para contactos religiosos decidieron conjuntamente convocar un comité paritario de expertos. Por parte católica formaban este Comité Eva Fleischner (New Jersey), Gerald P.Fogarty (Univ. de Virginia) y John Morley (New Jersey). Los judíos estarían representados por Michael R.Marrus (Toronto), Bernard Sucheky (Bruselas) y Robert S. Wistrich (Jerusalén). Se salía así al encuentro del deseo expresado por el Instituto de Estudios del Congreso judío mundial de llegar «a un franco reexamen de los actos de la Iglesia católica durante la segunda guerra mundial». Y para ello parecía insustituible la apertura de los archivos.

La Comisión nombrada en octubre del 99, publicaba en octubre del 2000 y en contra del parecer del Vaticano, una relación provisional de los trabajos realizados hasta entonces y adjuntaba unas preguntas (47) que les habían ido surgiendo de la lectura y revisión de los documentos.

A la vista de ello la Comisión considerada necesario tener vía libre para acceder al conjunto de los materiales (y no sólo de los publicados en los 11

volúmenes) para poder llegar a un juicio más completo de la actuación del Papa Pacelli. Era ésta una cuestión que ha se había planteado desde el principio. La respuesta del Cardenal Kasper, en junio de 2001, aducía «razones técnicas» que justificaban la limitación de acceso a los archivos y documentos no publicados. Esta respuesta fue motivo, al menos formal, para que semanas más tarde, el 20 de julio, la Comisión declarase que, si no se tenían en cuenta las demandas de una mayor facilidad de acceso a los documentos no publicados, no podía conservar su credibilidad y por tanto suspendían su trabajo. El Vaticano acusó recibo de la dimisión y respondió con un comunicado tenso en que defendía la limitación de acceso a los archivos.

Este fogueo de respuestas y réplicas, con explicaciones firmes y críticas directas, subió de tono cuando el 7 de agosto y en nombre del Vaticano, el P. Gumpel, Postulador de la causa de beatificación de Pío XII, respondía a la dimitida Comisión. Volvía a aducir razones técnicas ya que, de los tres millones de documentos que corresponden a esa época, muchos aún no están catalogados. El Vaticano, en palabras de Gumpel, nunca se ha negado a abrir los archivos pero esto lo hará cuando sea posible.

Ahí nos encontramos en un impasse. Los archivos vaticanos suelen clasificar como secreto los documentos de los cinco últimos pontificados. Si no se busca otra solución, habría que esperar aún bastantes años hasta la desclasificación como secretos de los documentos de Pío XII.

Pero Gumpel añadía otras razones que evidencian una cierta ulceración del proceso. No sólo proclamaba con toda firmeza que no le cabía ninguna duda sobre la actuación de aquel Pontífice sino que criticaba la calidad de los trabajos de la Comisión y afirmaba que hay en ella relatos tendenciosos que, además, se han filtrado a la prensa. Aquí no se trata ya sólo de cuestiones técnicas sino de dificultades de entendimiento entre los miembros de la Comisión. Algunos historiadores católicos recordaban que «algunos miembros judíos de la Comisión ya desde el comienzo de sus trabajos propalaban la sospecha de que la Santa Sede quería hurtar al examen de los investigadores documentos que pudieran ser comprometedores».

Muy avanzado el mes de agosto (24) el Cardenal Kasper en su respuesta como Presidente del organismo vaticano responsable, recordaba que «nunca se había dicho a los historiadores que se les permitiría el acceso a los archivos posteriores a 1922». Se era ya consciente de que el material publicado en los 11 volúmenes no permitiría responder a todas las preguntas. Pronto quedó claro que no era posible superar las diversas interpretaciones que cada grupo había dado a la tarea a realizar y finalidades a conseguir. Confirmaba el cardenal Kasper la intención de la Sta. Sede de abrir los archi-

vos en cuanto sea técnicamente posible. «La Iglesia católica buscará nuevos caminos para promover la investigación histórica sin miedo a la verdad».

Para algunos, esta interrupción era en cierto modo inevitable y hasta no necesariamente trágica. Un miembro católico de la Comisión, el P. Fogarty constataba que a lo largo de los trabajos se solapaban con frecuencia dos órdenes del día y dos expectativas distintas. «Mejor un final con sobresaltos que unos sobresaltos sin fin» resumirá un comentarista de Herder *Korrespondenz*. Pero habrá que delimitar mejor las tareas y conjuntar los intereses de los dos grupos paritarios que formen la comisión si se mantiene la actual proporcionalidad. Y desde luego debe quedar clara una separación entre las investigaciones científicas y los intereses políticos

### Pío XII y el nazismo

**H**EMOS tratado hasta aquí sobre todo de los instrumentos, fuentes y comisión, sin entrar de lleno en los contenidos. Debemos acercarnos a ellos aunque con forzosa rapidez. Porque no se trata ahora tanto de sopesar minuciosamente todos los datos para emitir un juicio cuanto de exponer las fases del proceso de investigación.

Dos son las principales acusaciones que recogíamos más arriba sobre la persona y actuación de Pío XII. La primera crítica fuerte a la figura del Papa Pacelli es su supuesta simpatía, no sólo hacia los alemanes, sino al régimen de Hitler. John Weiss en su *Ideology of Death* (1995), que aspira a presentarse como un estudio serio sobre el holocausto judío, avanzaba la afirmación de que Pío XII era pro-nazi y que, «como muestra de especial deferencia, Hitler había sido el primer jefe de estado» a quien se comunicó la elección de Pacelli como Papa. Se unía de este modo al grupo de detractores de Pacelli para quienes el Papa sentía mucho más miedo ante los bolcheviques que ante los nazis y por ello evitaba cuidadosamente cualquier acción que pudiera favorecer a los bolcheviques a los que los nazis hasta un cierto momento se oponían frontalmente.

Si se leen desapasionadamente no sólo los documentos del Vaticano sino de otras fuentes diplomáticas se llegará a una conclusión que no es precisamente la de Weiss sino la contraria. Pacelli no sentía ninguna simpatía hacia el nazismo. Condenó y odiaba el nazismo, en expresión del investigador J.M. Sánchez, publicada en la revista *America* de los jesuitas norteamericanos. La deferencia de la comunicación a Hitler era sólo un intento, que a estas alturas puede resultar puntillosamente diplomático o llamativamente ingenuo,

de suscitar en Hitler una respuesta menos hostil que le llevara a no seguir creando dificultades y terminar con su persecución a la Iglesia Católica en Alemania.

Durante años, Pío XI se había venido quejando ante el embajador alemán Berger de los incumplimientos nazis del Concordato y las medidas que tomaba contra la Iglesia. Como las protestas no surtían efecto, publicó en 1937 la encíclica *Mit brennender Sorge* que era una condenación del racismo. El borrador había sido preparado por tres obispos alemanes, uno de los cuales era el Cardenal Faulhaber, pero quedó reforzado y endurecido por la reelaboración de Pacelli.

En 1995, Bernard Suhecky publicó el borrador de una encíclica, decidida por Pío XI en el verano del 38, y cuya redacción había sido encomendada a los jesuitas John Lafarge, Gustave Desbuquois y Gustav Gundlach. Con la muerte de Pío XI en febrero del 39, el proyecto de Encíclica no llegó a cuajar. Pero si se leen las afirmaciones principales de este borrador, se apreciará que van en la misma dirección de los discursos pronunciados por el Nuncio Pacelli en suelo alemán entre 1917 y 1929 en los que se contenían más de 40 afirmaciones críticas contra la ideología del nacionalsocialismo. Y esta línea continuaría durante los años de Pacelli como Secretario de Estado de Pío XI

Herder Korrespondenz recoge a este respecto una cita ilustrativa. La Oficina Central de Seguridad del Reich valoraba la elección de Pacelli como Papa con las siguientes palabras «Pacelli se ha destacado durante sus años de Cardenal Secretario por sus ataques contra el nacionalsocialismo y esto le ha aportado para su elección un vivo apoyo de los estados democráticos». No es extraño por tanto que Goebbels, a los dos días de la elección de Pacelli, escribiera en su diario: Hitler «pregunta si a la vista de la elección de Pacelli no deberíamos denunciar el Concordato». Para añadir un dato más, la primera encíclica de Pío XII, *Summi Pontificatus*, publicada a los pocos meses de su elección (octubre de 1939), es alabada por Herbert Mathews en el *New York Times* como la autentica esencia del anti-nazismo. Naturalmente la Gestapo veía en ella una agresión a la ideología alemana.

No podemos seguir repasando datos y documentos. Pero hablar «del Papa de Hitler» no puede hacerse sin incurrir en una deformación de la historia.

### Los silencios de Pacelli

UN segundo capítulo de críticas sobre la actuación del Papa Pacelli se refiere a sus silencios. Además de los textos de

Claudel y Poliakov, que recogíamos al principio, se pueden recordar las palabras de Camus en un editorial de *Combat* publicado al día siguiente de la liberación: «*Esperábamos que la más alta autoridad espiritual de nuestro tiempo hubiese condenado en términos claros las actuaciones de las dictaduras. Digo en términos claros, ya que esta condena se puede entrever en ciertas encíclicas a condición de que se las interprete. Pero está formulada en el lenguaje de la tradición que nunca ha sido claro para la mayoría de las personas. Y era esta gran multitud de personas la que durante todos estos años esperaba que una voz se levantase para decir claramente... dónde estaba el mal*».

Con una franqueza no edulcorada por muchos miramientos el Cardenal Döpfner en 1964 decía también que «*no había que protegerse contra una sólida investigación histórica. Queremos reconocer honradamente las debilidades de los hombres que dirigían la Iglesia... Nuestra generación, y especialmente a juventud, se queda bastante escéptica ante toda clase de apologética edificante*».

La aportación de todos estos testimonios que, con diversa formulación, desembocan en una cierta convergencia, nos sitúa ante una cuestión espinoosa. Pío XII habló. ¿Lo hizo en público con suficiente claridad, firmeza y frecuencia?

El propio Papa Pacelli expresó en varias ocasiones su perplejidad ante lo que debía hacer. Ya en 1940, ante los abusos y crueldades a que era sometida la población polaca, decía en una audiencia al embajador de Italia que en esa situación él debería pronunciar condenas encendidas y que no tenía miedo ante la posibilidad de terminar sus días en un campo de concentración. Pero hay bastantes manifestaciones de Pío XII a otros interlocutores a los que confesaba que le frenaba el pensamiento de «saber» que si hablaba, haría aún más dura la situación de aquellos desdichados. Esta duda la repetía con una cierta frecuencia en cartas a varios obispos alemanes (Ehrenfried en 1941, Frings, en 1944).

Los temores del Papa no eran simple imaginación suya. Pío XII, saliendo de la «imparcialidad» (*unparteilichkeit*), que no neutralidad, que se impuso expresó su simpatía a los jefes de Estado de las naciones invadidas por Rusia (Finlandia) o por los nazis (Países Bajos) y esto produjo roces fuertes con algunos representantes del Eje. La duda, además, de si denunciar solemnemente o ayudar a escondidas a los perseguidos quedaba reforzada por varios cardenales de las zonas afectadas (Sapieha, de Warsovia y Von Preysing de Berlin) quienes le pedían que no hablara porque esto exacerbaba más la violencia de los perseguidores. El mismo Döpfner, en el texto que hemos citado, recordaba también que hay que tener en cuenta del contexto de los nazis en los años 40. Como se ve una conclusión diáfana e indiscutible en este

caso no es probable. Rafael Sanz de Diego ha publicado en *XX siglos* un artículo, rico en datos y estructurado con claridad, en el que ofrece elementos para llegar a una opinión seria y razonada. Los comportamientos heroicos son posibles y, afortunadamente para nuestras sociedades, hasta pueden darse con alguna frecuencia. Pretender imponerlos a toda una colectividad no es opción tan evidente. Una cascada de protestas solemnes hubiese colocado a la Iglesia alemana ante sufrimientos mucho mayores de los que tuvo que soportar y aun casi al borde del martirio colectivo.

En todo proceso histórico está implicada la persona humana, con su libertad, sus contradicciones, su generosidad y sus rechazos. Por ello los procesos históricos, confluencia de muchas voluntades, decisiones y circunstancias, no suceden en línea recta sino en zigzag. La culpa de las guerras y las responsabilidades de la historia competen no sólo a los que dirigen sino también a las gentes de a pie que suelen seguir sin grandes resistencias a sus dirigentes. La posible tibieza de las condenas públicas al nazismo puede afectar desde luego a la figura de Pío XII. Salpica inevitablemente a muchísimas personas del pueblo alemán y a los líderes de las democracias de Occidente. Pero la posible tibieza o culpabilidad de los dirigentes y aun de los pueblos no difumina la responsabilidad de cada individuo. En un estudio muy reciente sobre Bonhöffer (*Dietrich Bonhöffer. Eine Einführung in sein Denken*), de 2001, uno de los capítulos se abre con esta afirmación: *En el día de la ocupación de la Sinagoga la Iglesia (se refiere a la evangélica) debería haber aparecido como hermana al lado de la Sinagoga. No fue así y esto es algo decisivo. Pero, ¿qué hice yo entonces?*

La Iglesia católica debe buscar con toda decisión en este proceso la luz y poner los medios para que la investigación se lleve a término pronto. Mientras quede una sospecha muy extendida sobre aquella época, las relaciones judeo-católicas estarán carcomidas por dentro. Hay que quitar las muchas piedras que todavía hay en el camino para que se pueda salir, con mano abierta y corazón limpio, hacia el encuentro con otras religiones y pueblos. En este caso, el judío.